

## EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Amigo lector:

Los diarios están empeñados en hacernos creer que Juan Rulfo ha muerto. Para lograrlo recurren a todas las formas de la persuasión, notas, reportajes, declaraciones de éste y aquél, testimonios, fotografías y cuanto puede ser demostración palpable. Patente.

Quizás sea la tarea de diarios y personas, en ocasiones inesperadas, mostrar lo que no es, dar sombra en vez de luz, y así, a la larga y a la corta, salirse con la suya. Tal vez los diarios lo hacen con un ánimo sano, a fin de diversificar las opiniones y mostrar que el mundo, pese a la uniformidad de su equilibrio (en el criterio de muchos), puede dar traspies como si estuviese beodo de solemnidad y la vida fuera suplantada, entonces, por la muerte.

A largos momentos los periódicos vierten llantos por Rulfo, sobre todo a partir del día 8 de enero de 1986, uno después de ocurrido lo que tanto se repite murmullo sobre murmullo. Rumores iguales a los que nos ha habituado a escuchar quien, Rulfo, inventó merced a lo extremo de su literatura y no en formas de vivir y morir, sino de agonizar sin prisa, a la vista de un sol alto- látigo de campos maltratados por la erosión.

Muchos, muchísimos, se hallan empeñados en decimos, ¿saben?, Juan Rulfo murió de esta enfermedad, a tal hora, después de vivir tantos años de su vida, al momento en el que, sin duda, iba a romper el silencio diurno de todas sus nocturnidades. Y lo dicen con tanta convicción, querido lector, que tú, por momentos, estás en un tris de creerles y por dicho motivo hacer morir tu optimismo, la devoción por quien había traducido a John Donne de la siguiente manera: “No preguntes por quién ladran los perros; están ladrando por ti.” ¿Crees todavía que el autor de El llano en llamas ha fallecido?

Muchos, sorprendidos con el infundio propalan a los cuatro vientos la noticia. Sí, en efecto, expresan, Rulfo ha muerto; prolongan el eco de palabras de quienes dudan de la vida, de sus racimos verdecientes. Hasta podrían recurrir al testimonio irrecusable de que yace bajo tierra, la tierra de un día 9 de enero de 1986; tierra tapatía, tierra con sabor a difunto recién hecho. Y con dato tan endeble tratan de creer y hacernos creer cómo la verdad está de su parte. Con desenfado, añaden: Rulfo, sí, hombre; el mismo que pobroteó en el Instituto Nacional Indigenista, en donde lo jefaturearon Gastón García Cantú, Carlos Solórzano y un tal licenciado Salas. Allí se acercó a los cuentos mijes y descubrió que la literatura requiere, a título de exigencia irrecusable, aprender a vivir. Y cómo lo aprendió, amigo queridísimo; ahora ha pasado a mostrarnos, pese a los alharaquitos, estar vivo, que se halla a mitad de un marco extendido desde los lindes imprecisos y murmurantes de Comala, hasta el tramonto de las aguas de un mar todo hecho de tierra seca, áspera, sin sosiego, arriscado en el alma del mexicano.

No creas, pues, cuanto leas y te digan. Bástete abrir cualquiera de sus breves libros para hallar que sembró brasas de fulgor inapagable. Tómalas entre tus manos, apriétalas, comparte tu calor con la sabiduría de sus internos páramos y verás cómo tú que, a ratos has creído morirte en cualquier esquina, renaces a la visión de amores imposibles, odios prolongados por el silbo del viento en labios de noches en vela. Tal es el asunto, ni él ni tú están muertos. Pero eso sí; agonizando es probable, enseñándole a bailar a la vida la danza de la muerte, es probable; pero que ambos estén muertos es una suprema y poco próspera mentira.

“Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi madre; de su nostalgia, entre retazos de suspiros. Siempre vivió ella suspirando por Comala, por el retorno; pero jamás volvió. Ahora yo vengo en su lugar. Traigo los ojos con que ella miró estas cosas.”

He aquí la cuestión, ¿quién escribió estas palabras? ¿Un muerto, un vivo, alguien que se ensaya para el óbito con el nacimiento? Un muerto, medítalo, jamás hablaría en las transparencias edípicas de la multiplicación de sus vocaciones: una que lo une a su madre, otra que lo liga a Comala, y otra más que lo hace constituirse en enterrador de la madre y de sí propio. Obsérvate a ti mismo, y en el espejo verás tu rostro elucidando los múltiples contenidos en el párrafo. Tú y Rulfo no son presa de la muerte (él en el momento de escribirlo y tú en el instante de leerlo), aunque sí vivos a medias como si hubiesen encontrado en un eterno agonizar el equilibrio de Edipo, quien se tamiza en los recuerdos inmediatos antes de cumplir con la voluntad materna.

Si quisieras empezarte en otras evidencias dirías también.- “Sentí el retrato de mi madre guardado en la bolsa de la camisa (... ) es el mismo que traigo aquí”, comprenderías a la muerte yendo a los marcos de la destrucción a fin de tornarse bálsamo amigo y colaborar, mediante la agonía de una vida perpetua. Créenoslo, no atiendas a los sesudos críticos, confeccionadores de necrologías, obituarios, cenotafios literarios, con objeto de perpetuarse ellos mismos a la sombra del deceso de quien no ha fallecido.

Mas tú, terco en tus trece, podrías preguntar, ¿cómo explicar la frase de Juan Preciado?:

“Toqué la puerta; pero en falso. Mi mano se sacudió en el aire como si el aire la hubiera abiertos”.

Pides aclaraciones perentorias. Necesitas hallar, situar, la causa de lo inexplicable, te recatas del irracionalismo, sólo aspiras a saber cómo puede ocurrir algo originado, en apariencia por lo menos, en el seno del absurdo. Y en el abstrusismo permanecerás por largo tiempo: tocando aquí y allá sin obtener respuesta y cuando ésta haya de llegarte tenlo por seguro, no será la muerte portadora de la elucidación del misterio. No puede ser la muerte, porque no existe, no es la verdad vista de revés por los vivos macilentos.

Quien ha de responderte, amigo nuestro, es el antiguo ejercicio de traducir a fantasma cuanto es casual propiciado por fenómenos físicos, solamente insinuados, en puro esbozo como no queriendo serse. El polvo, por ejemplo, es una suerte de fantasma de la tierra, a tales extremos llega a producirse su delgadez; el sudor es duende de las aguas amargas que envía el infortunio. Todo, pues, tiene una explicación en sí mismo y fuera de sí mismo, como la mano que fuerza una puerta que se abre sola instantes antes de ser siquiera rozada. Si no fuera así, ¿no crees que se vendría por tierra la edificación de virtudes particularizadas por la hiperestesia de escuchar el paso del viento, producto del aire echado a rodar por montes, cañadas y llanuras?

La agonía, situada entre los dos extremos de ser y no ser, a título de fiel de una balanza impugnada por la eternidad de no destruirse nunca, te recomienda cautela, lector querido. Dicta tus pasos, lee tu mano y halla en ella, en el cruce de la línea de la vida y la ausencia, el astro propicio a la lectura de Juan Rulfo. Es el destino empozado en la palma extendida como el llano sobre el que avanzan los campesinos buscando en vano la Tierra Prometida. Arriba, el astro lanza sus radiosidades caniculares y flagelantes, mientras los fantasmas desfilan trenzados al torsal del hambre.

Si sustancias las cosas en sus minuelas, no menos expresivas que el todo, topará con la presencia eterna de la mentira o en su caso, de la verdad aparente. Muchos hay sobre la tierra que afirman sobre esto o aquello, y muchos hay, asimismo, mi dilecto, que niegan cuanto les es dable, y sobre todo si cuanto ocurre es en su torno y más allá. Afirmar y negar son dones superiores concedidos al hombre para precaverse de la mecanización de la existencia como producto biológico. Piénsalo bien, medítalo, porque de ello tú podrás concluir que entre lo que se niega y lo que se afirma hay un terreno intocado, propiciador de la mayor claridad, la verdad.

Esta sólo es propiedad de quien tiene la doble capacidad de afirmar y negar a un mismo tiempo; no es la duda producto del matrimonio nefando de la verdad y la mentira, pero sí de la afirmación y la negación como sonidos que sin ser dobles unifican dos aspectos de la realidad que es y no es, cuyos frutos de tan aparentes devienen realidad y viceversa, o sea que todo recorre un camino de ida y vuelta y al revés, camino sobre el cual nosotros transitamos como seres superiores susceptibles de distinguir quién viene y quién va.

Si tú, por ejemplo, naciste para pregonar en forma paladina la afirmación de las cosas, poco a poco veráste cundido por la lepra del optimismo. Sólo quienes suplantán el infierno prometido por el cielo son optimistas, en el caso, sinónimo de encubridores. Y sólo quienes anteponen la negación a todo lo que comparece, habla, transcurre, piensa y dormita, es pesimista, o sea desde un punto de vista de la acción gonorreica del maniqueísmo, quien sin pedir permiso ni al dolor y la alegría antepone el infierno al cielo, en una suerte de golpe de estado que permite ver, como en una visión de Blake, a las vírgenes violadas y a las virtudes puestas a la venta en los mercados.

No es posible, pues, sectarizarnos: o escoger la afirmación y en caso contrario, la negación, y de aquí el optimismo y como contrapartida el pesimismo. En ello nos van las dos categorías de la angustia más impositivas e insoslayables: el cielo y el infierno. ¿Y crees tú como el Mefistófeles de Marlowe que habrá una ocasión en la cual lo que no sea infierno será cielo y lo que no sea cielo haya de ser infierno? Nosotros, querido lector, no. Juan Rulfo tampoco lo creyó así. Entre miedo y denuedo, entre infierno y cielo, entre afirmación y negación, justamente al medio se halla el purgatorio en donde la vida no acaba nunca y en donde la muerte no termina de entrar. Duda de mis posibilidades de razón y después de hacerlo piensa en una pizca de enajenación mental en el amigo que esto escribe para ti, pero no llegues a la lobreguez de la condena absoluta, porque en el caso de que ello sea necesario yo, el que esto testa para ti, puede y debe decirte que Purgatorio, categoría del padecer con cese del Dante, es el llano en llamas. Como lo escuchas, El Llano en Llamas. Trata de abrirlo por cualquiera de sus páginas y te percatarás cómo una mano que no es la tuya lo ha hecho ya: frente a tus ojos corren las letras dispuestas en fila de sentido, en línea de conceptos demostrativos de que muerte y vida yacen sobre un solo territorio y que en medio de ambas te hallas tú como un purgatorio de tu propio infierno y de tu propio cielo. El llano mientras llamea purifica dilatadas profundidades de tu ser, te habitúa sin más propósito que expresarse a sí mismo en el hecho de esplender, al abrasante valor proveniente de las arrugas del terreno, o zanjás abiertas como tumbas para guardar cada uno de los días desprendidos de la edad que arrastras. Pero nunca está la muerte de por medio o la vida desasiéndose de ti para dar cabida a tu desaparición absoluta.

Ni la muerte, ni la vida, ni el infierno, ni el cielo, ni el temor ni la osadía, nada que se contradiga pues, a mitad del camino de un purgatorio en donde cada dolor es goce al sólo pensarlo como redención conducente a la plenitud del ser. Que no vengan los periódicos, pues, a adoctrinarte para el pesimismo de la muerte, para el infierno de tascar en tu freno de miedo, las hierbas del desconcierto. Torna a leernos, pero ahora con otro ánimo, con la filosofía de quien entiende cuál es su Purgatorio, el mismo donde todo optimismo responde a un pesimismo nunca conclusivo, nunca edificado sobre un solo terreno.

Y después de los diarios abre las puertas de los libros de Rulfo. ¿Crees que en ello vas a toparte con los acíbares de la afirmación necrológica que acarrearán los diarios? No, aquí vas a encontrar la afirmación de la vida vista tras el cristal oscuro de personas oscuras, recortadas sobre la niebla de eternos amaneceres, o sobre el vaho del bochorno mientras transitan la extensísima llanura en donde les han dado, en donde les van a dar; en donde, para nunca jamás, les darán nada. Y verás cómo para establecer los grados de durabilidad entre la promesa de dar y no dar, se halla un tiempo que se llama historia: los hechos sociales de la historia, los políticos que defecan la historia, la historia que siempre está presente porque el tiempo sustanciado en hechos lo quiere.

¿Y qué has descubierto en los libros de Rulfo, los que se abren solos, por su propio impulso? Que éste no ha fallecido, que nunca ha dejado ni dejará de producir murmullos como de agua, que brota de manantiales provenientes quien sabría decirlo de qué estratos en una tierra que nos dieron, pero que sólo registra en su niebla dudosa el purgatorio.

Y te has dejado impresionar, también, querido amigo, por los esqueletos descarnados de los bueyes, perros y caballos, distribuidos en nefanda estantigua sobre el infinito llano de la existencia de todos y ninguno. Y si no los has visto sí sientes aún su presencia: zopilotes y cuervos alimentándose con la carnaza de los animales que tal vez sí murieron para que no haya duda acerca de cuanto afirman los pesimistas: la muerte sí existe señores y señoras, niños y caballeros, señoritas en estado de merecer y parturientas, la Muerte sí existe. Y todo dicho mientras el grito de las ferias baraja una y muchas veces los cartones impresos con una sola figura, la Muerte Quirina, la pesimista, la mañosa, la del infierno; no la muerte del Purgatorio que, como debes

suponerlo, es antesala del Paraíso.

Deja de lado diarios y revistas, solamente tratan de engañarle dándote noticia de un hombre; si acudieras a la cafetería de la esquina lo hallarías bebiendo caldos humeantes. Tú di, no es verdad, la calaca es otro asunto, propio de quienes no imponen sobre el tinglado de su existencia el optimismo, muy al contrario de quien cae mina iluminado por dentro dispuesto a cambiar sus rumbos al primer tropiezo; y así, sin que nadie lo extrañe, se convierte en la suprema tiniebla que auspicia el prenatalismo. En efecto, es cosa de la vida distraída en el cuarto oscuro de las fotografías mientras ensaya nuevas emulsiones y granos fotosintéticos, a título de prolegómenos de un futuro ser que ha de ser la fotografía del génesis, al final.

Y muchos, para mostrar cuán sabios son recitan la biografía de Juan Rulfo; la saben de memoria; ¿dónde nació, quiénes fueron sus padres, abuelos y bisabuelos, quiénes sus hijos y esposa, y otros pormenores y los que, al parecer, parecen ser los de un hombre cuyos descendientes corresponden a los nombrados pero de otra manera, más hacia la afirmación de que la muerte no es precursora en la existencia de nadie; ni siquiera es marco con el cual dar realce a los agonizantes de siempre. Rulfo, claro, sí es producto de una biografía larga. Amigo de sus amigos, con arreolas aquí y allá dispuestos a rellenar todos los silencios con palabras o sabias o melancólicas. Pero lo que resulta intolerable es pensar que Rulfo vivió, padeció, en el infierno del Iní, sólo para justificar el tránsito de esta vida a la incertidumbre de otra.

No, quien mira lo vivo con los ojos de lo muerto, está jodido, queridísimo lector, jamás dispuesto a recibir estos adjetivos tan folklóricos; pero la verdad es que en Rulfo, todo lengua y derivación lingüística, se justifican. El de suyo tan callado, y más aún para los sordos, cuando decía lo que dijo tomó de las palabras su más dilatada eficacia y con el fruto de ello ordenó frases, periodos, sintagmas, paragógicas, parámetros en los cuales las metáforas comparecen descubriendo la tierra, el centro de la Tierra en Sayula, en Comala, y confines en donde un día los Cristeros precedidos por Pedro el Ermutaño y Alfredo de Boullón adornaron sus pechos con un letrero que decía: “Detente bala”, y la bala, claro, no se detenía, porque el milagro realizado no lo elucidaba Dios sino el positivismo. Este no cree en la obra de Dios sino en circunstancias bien elaboradas por un método que precave la existencia del efecto y la causa. Este es el estilo de Rulfo, un poco de tierra aquí, un poco de cecina allá, un tantito de milagro por aquí y una honniga enloquecida allá. Todo ello junto, yendo y viniendo sobre el territorio donde muerte y vida, infierno y cielo, miedo y osadía, lo blanco y lo negro, lo que afirma y lo que niega celebran un maridaje reflexivo bajo los ojos del Creador. Este es su estilo, pregúntenselo a Ruffineli, a Arreola, a José Luis Martínez.

Y por dicha causa nunca fue exaltado para ocupar un escaño en la Academia de la Lengua, ni el Colegio Nacional. Su lenguaje hacía de las metáforas contradicciones de la sana razón y ello, pues, le impidió alternar con quienes alumbran los caminos de la prosodia y la fonología con luces radiosas, los señores de la Academia. Y no crean que no le dolía a Rulfo el hecho de que todos los parabienes se anotaran del lado de Alfonso Reyes mientras su Efrén Hernández, su queridísimo Efrén Hernández, transcurría oscuro por fuera y luminoso por dentro. Rulfo también tiene pasiones, rencores fulgurantes, y ello nos lo pone de bulto en sus letras, en sus travesías por un etilismo modulado durante largas sesiones de músicas provenientes de un gramófono.

No frases completas sino fragmentos de ellas, visiones sofocadas, premiosidad de melodías sofrenadas por una voluntad de no terminar en ser cadencias. Esto era la música para Rulfo. No se trataba de melodías iniciadas en un punto causal antes de seguir caminos que habían de llevarlas a un final más bien explicación de un autor preocupado en que se le entendiese. La música que escuchaba Rulfo no era de este mundo. Empezaba en cualquier parte y pronto apagaba sus fulgores en rumores procedentes de hendiduras abiertas en la realidad, rumores a yerba que nace, a líquidos secretos preteridos en los más remotos fondos de la fontana, en fin, murmullos o fragmentos de voces, más bien insinuación de sonidos.

El sabía distinguir entre el tumulto wagneriano una voz, una sola: la suya, por ello al escuchar música, tratárase del autor que se tratare, estaba presente con todos sus significados: los murmullos.

Las ánimas en el Purgatorio no hablan, ni gritan, ni sueñan a media voz, sólo producen murmullos a título de oraciones aprendidas a mitad de una soledad que funde los metales y hiela las aguas. En este ambiente las pasiones son diferentes, el odio no se parece al deseo destructivo de terminar para siempre con el enemigo, y el amor no es el abrazo fortificado por la inmortalidad realizada en fracción de segundos del espasmo.

En el Purgatorio, lo sabía Rulfo, las cosas se producen de diferente manera. El luto, es el único distintivo admisible. Y no se viste por difunto alguno, se lleva por uno mismo porque uno mismo podría ser su propio difunto. Los huesos de hombres y animales distribuidos en las planicies sin límite, bajo el sol maldiciente, así lo dicen. el esqueleto es el único ataúd lícito, todo lo que no sea éste es fábrica de la superchería.

Y para terminar, lector, te recomendamos nuevamente no dar crédito a los diarios cuya tarea es convencernos acerca de la muerte, más aparente que real (se entiende) de Juan Rulfo. Lee lo pertinente pero no sueltes prenda. No llores ni te lamentes. Rulfo está a tu lado para consolarte y llevarte de visita cuantas veces lo necesites, merced a la lectura de sus páginas, productoras de la única realidad latinoamericana a título de amor, ensueño, odio el Purgatorio.

No creas nada hasta no hablar con él. Espera sus palabras, atiéndelas, clucídalas y propágalas pero no anticipes nada que no sea verificable. Rulfo no ha muerto, te lo digo yo que tanto te quiero, lector amable.